

## PRESENTACIÓN DEL EDITOR

La conveniencia y el interés—que juzgo extremo—de editar a fecha de hoy estas *Memorias* de Albert Speer no se desprende del hecho de que su autor haya sido considerado por algunos un «nazi bueno», ni tampoco de la creencia de que se trate de un gran arquitecto al que, olvidado, haya que reivindicar. Como arquitecto fue, a mi entender, poco brillante, y como nazi no fue mucho mejor que cualquiera de sus correligionarios. Ninguna de estas causas pues justificaría la pertinencia de acordarse de su existencia ni de su libro. El interés de sus memorias, su extraordinario interés, nos salta a la vista a poco que las veamos en la justa medida de lo que nos ofrecen, que es un documento, probablemente uno de los más valiosos, sobre el tercer Reich alemán.

No solamente es un diario apasionante de lo cotidiano desde los entresijos del régimen, escrito además por alguien que los vivió directamente, sin intermediarios y desde una posición privilegiada—con lo que nos ofrecen una perspectiva inusual y cotidiana de Hitler que nos ilustra sobre detalles de extraordinaria significación y alcance—; no nos da solamente cuenta de algunos pensamientos del dictador de enorme interés, más por su proyección hacia lo público que por su valor intrínseco: es también, y quizás entre otras cosas por todo lo apuntado hasta aquí, uno de los escritos más demoledores sobre el nazismo. Por si esto fuera poco, en este libro se han basado la inmensa mayoría de estudios que se han ocupado de este infausto período histórico.

Llegados a este punto, podríamos preguntarnos sobre la pertinencia de editar de nuevo el *Mein Kampf*, de Adolf Hitler, o cualquiera de los otros textos escritos por los jefes del nazismo o de cualquier otra dictadura—el *Libro Rojo* de Mao, por ejemplo. Sin duda los dos son también documentos históricos, pero en un orden de cosas absolutamente distinto del presente. Dicho de otro modo: ninguno de los dos habría de tener cabida en el catálogo de Acanalado. Y ello por un motivo básico: ambos son textos programáticos, destinados a reclutar seguidores. Ambos pretenden dar forma y articular ideológicamente proyectos políticos, que tuvieron además—aunque esto no sea ahora lo que más deba importarnos—terribles consecuencias.

El interés contemporáneo de disponer de un ejemplar del libro de Hitler, o del de Mao, entiendo que se nos muestra solamente en los seminarios de historia contemporánea de las universidades, y ello para uso de sus investigadores. Poco espacio habrían de tener en un catálogo en el que se impone la reflexión y la memoria del pasado. Memoria, huelga decir, sobre lo que ha configurado y configura nuestro presente. En los casos a que los dos libros citados refieren, la única memoria que les reclamaremos es aquella que pueda evitar su repetición. Y aquí es donde el libro de Speer nos puede ser de extraordinaria utilidad.

Elias Canetti, bien poco sospechoso de simpatizar con el dictador y sus gentes, escribió en *La conciencia de las palabras* que el único modo de ponerse en guardia contra la posible aparición de un nuevo Hitler, al ser

éste distinto en su aspecto exterior del precedente, es conociéndole en su más honda realidad. Y es así que, a través de este libro, podremos ver con toda precisión, afirma Canetti, cuáles son las bases sobre las que se sustentó la locura hitleriana. En la frecuentación del dictador a lo largo de sus más de novecientas páginas nos vamos familiarizando con los puntos básicos de su ideología y sus pretensiones, así como con su entorno más inmediato, el de un grupo de zafios personajes con reducida capacidad de análisis pero con una enorme capacidad de acción. Sus estrategias son aquí puestas a la luz con inteligencia y perspicacia. Esas novecientas páginas nos familiarizarán pues con la máquina del totalitarismo. Este hecho solo, serviría para explicar la necesidad de que los lectores puedan disponer de un libro como el presente.

Pero no es ésta su única virtud. Si algo parece también incuestionable es que la locura hitleriana tuvo en el eficazísimo Speer un brazo ejecutor de enorme capacidad. Es quizás en este punto en el que, a mi entender, el libro se hace más útil para el mundo contemporáneo. El nacionalsocialismo no gobierna hoy, pero algo de lo que nos cuenta Speer en su libro se nos hace dolorosamente presente. Y es así que nos servirá, no ya solamente como un documento de primer orden para entender el pasado y poder prever el futuro, sino, también y en medida no menor, como herramienta para ver con toda claridad la herencia que el nazismo y la maquinaria nazi han dejado en nuestros días.

En un momento de sus memorias, Speer recuerda una anécdota enormemente esclarecedora. Siendo ya ministro de armamento del Reich y en plena guerra, un artículo aparecido en el *Observer* inglés del 9 de abril de 1944 le preocupa, puesto que puede indisponerle con Hitler. Dice Speer que, adelantándose a que alguien pudiera hacerlo antes, «entregué a Hitler una traducción de este artículo haciendo a la vez unas cuantas observaciones jocosas.

Hitler se caló las gafas con cierta torpeza y comenzó a leer: «Speer es hoy, en cierto modo, más importante para Alemania que Hitler, Himmler, Göring, Goebbels o los generales. En realidad, todos ellos no son sino colaboradores de este hombre, que es quien realmente dirige la gigantesca máquina bélica y saca de ella el máximo rendimiento. Vemos en él la precisa materialización de la revolución del ejecutivo. Speer no es uno de esos nazis extravagantes y pintorescos. De hecho ni siquiera se sabe si tiene opiniones políticas. Se habría podido adscribir a cualquier otro Partido político, si hacerlo le hubiera servido para conseguir trabajo y una carrera. Es un prototipo destacado del hombre medio, triunfador, bien vestido, cortés, incorruptible. Su estilo de vida, con esposa y seis hijos, es característico de la clase media. Speer se asemeja a algo típicamente nacionalsocialista o típicamente alemán muchísimo menos que cualquier otro líder alemán. Más bien simboliza un tipo de hombre que se está volviendo cada día más importante en todos los Estados que participan en la guerra: el técnico puro, el hombre brillante que no proviene de una clase social ni tiene antepasados gloriosos y cuyo único objetivo es abrirse camino en el mundo gracias a sus facultades como técnico y organizador. Precisamente su falta de lastre psicológico y anímico y la desenvoltura con que maneja la temible maquinaria técnica y

organizativa de nuestro tiempo hace que esta tipología insignificante llegue tan lejos en nuestros días. Este es su tiempo. Puede que nos deshagamos de los Hitler y de los Himmler, pero los Speer, sea lo que fuere lo que pueda pasarle a este en particular, seguirán mucho tiempo entre nosotros.»

Hitler leyó el comentario con toda calma, dobló la hoja y me la devolvió sin despegar los labios, pero con mucho respeto. Hitler, en efecto, debía respeto al hombre que supo llevar a la práctica con competencia y en un tiempo récord sus proyectos de orden arquitectónico, y quien, además, en las peores circunstancias de guerra, pudo mantener viva una extraordinaria maquinaria bélica con el armamento y la munición que, sorteando esas circunstancias, fue capaz de proporcionarle.

Sorprende ver la frialdad con que Speer es capaz de hablar de sus logros en este terreno, e incluso la poesía con que describe alguno de ellos en el ámbito de la técnica al servicio de la destrucción, como el despegue de las primeras bombas volantes que el tercer Reich envió sobre Londres. Se diría que los aspectos destructivos y mortíferos de sus armas hubieran de quedar en un segundo plano, sin presencia real, ante el hecho seguro de su precisión mecánica y lo admirable de sus soluciones técnicas. La eficacia por encima de la moral. En todo ello, Speer precede y da cuerpo a la figura de aquel ejecutivo contemporáneo que piensa solamente en los beneficios que pueda generar su gestión, despreocupándose de los costes que pueda tener en el ámbito de lo humano. Speer afirma en estas memorias no saber nada del holocausto. Elias Canetti lo cree posible. Importa poco que nosotros lo creamos o no, puesto que el holocausto está perfectamente presente en todo el libro, aunque no sea ni tan sólo nombrado. Tan sólo es tenuemente aludido, y ello aun al final del volumen. Pero el holocausto está presente en el desprecio por lo humano que trasciende lo privado, en la despreocupación por los efectos de una maquinaria que Speer ayudó a mantener perfectamente engrasada y a punto.

La auténtica perversidad de Speer se encuentra probablemente en la disponibilidad total de un técnico de alta calificación como él para llevar a cabo sin vacilación y con la máxima eficacia las órdenes de un canciller que a nadie puede llevar a engaño, y al que es capaz además de percibir también en lo más perverso de sus planes. Es cierto que Speer— como tantas otras personas inteligentes, y me saltan a la memoria Igmor Bergman y Ernst Jünger— se sintió de entrada fascinado por Hitler. Y que hubiera ido con él hasta el fin del mundo. Es cierto también que es solamente al final del libro cuando nos habla de sus dudas, así como de una cierta oposición al dictador. Y, sin embargo, desde mucho antes ha podido dar cuenta de sus debilidades y sus obsesiones con auténtica penetración psicológica. Desde casi siempre habrá podido intuir, pues, que no es más que el brazo ejecutor de una mente enferma y limitada, a la que provee de un instrumento, su inteligencia, y con ella su capacidad de organización y eficacia ejecutiva. Y, sin embargo, no duda ni un instante en obedecerle, sin preguntarse por el sentido último de estas órdenes ni tampoco sobre sus consecuencias. Claro que Speer es muy joven—bordea

los treinta años—cuando entra al servicio del dictador, y que las responsabilidades que se le ofrecen superan con mucho las mejores expectativas de un profesional de su edad, pero su participación fue demasiado significativa para pasarla por alto atribuyéndola a la simple inexperiencia o a la falta de atención.

Sin duda, si algo lo define es la ambición ilimitada. Y esta es la peor herencia que nos ha llegado de uno de los momentos más convulsos y brutales del siglo pasado. Y es esta ambición la que hoy vemos como extraordinariamente peligrosa en un mundo en el que puede llegar a aceptar y justificar situaciones paralelas a las descritas. De ahí el poder de antídoto de este libro. Más allá de la curiosidad, nos ilustra sobre lo no inmediatamente perceptible que nos acecha desde las puertas del horror. No buscamos en este libro al nazi bueno. Vuelvo al principio: buscamos—y encontramos de sobras—la cara menos evidente del horror.

© Jaume Vallcorba (2001)